

Suarez-Nani, T. – O. Ribordy – A. Petagine (org.), *Lieu, espace, mouvement: physique, métaphysique et cosmologie (XIIe-XVIIe siècles): actes du Colloque International Université de Fribourg (Suisse), 12-14 mars 2015*, (Textes et Études du Moyen Âge, 86) Fédération Internationale des Instituts d'Études Médiévales, Barcelona-Roma 2017; 318 pp.; ISBN: 978-2-503-57552-0.

El estudio de las cuestiones físicas medievales sobre el lugar, el espacio y el movimiento, poseen una tradición que se remonta al siglo pasado con los estudios de Duhem, Maier, Clagget y Murdoch. Esta generación de investigadores enfocó sus estudios en el lenguaje categorial de las relaciones espaciales, la cantidad, y la descripción geométrica de la naturaleza, en cuestiones que aparentemente estaban alejadas del conocimiento del mundo físico. El énfasis en estos tópicos se debe a la recepción medieval de los textos aristotélicos acerca de las condiciones que explican el cambio respecto a los objetos naturales, lo que implicó un gran desafío para el pensamiento medieval que se vio obligado a insertar el vocabulario categorial que describe los fenómenos físicos en cuestiones puramente teológicas, lo que podemos observar en los capítulos escritos por L. Valente, A. Lamy, C. Panti, A. Rodolfi, y T. Suarez-Nani.

Estos capítulos están precedidos por el estudio que V. Cordonier dedica a Alejandro de Afrodísia. Quizá esta contribución posee este lugar por una elección histórica, aunque, pienso que se debe a la descripción de un problema muy cercano a los medievales: la descripción de las limitaciones de la noción aristotélica de cualidad cuando esta se transmite de manera remota. Se trata de la cuestión acerca del modo en que el calor mantiene sus características al ser tratado como un objeto móvil que, partiendo desde el sol, debe atravesar las esferas de los elementos para alcanzar la tierra. La cuestión es si, según la definición de movimiento aristotélico y la concepción del lugar como el límite bidimensional que contiene los objetos, una cualidad mantiene sus características, ya que al desplazarse pasa por otros puntos intermedios, cambiando de lugar, y debe ser “empujada” para conservar su carga dinámica. Por tanto, si el calor del sol es una cualidad generada de forma remota, con un movimiento impreso ¿Posee variaciones? O qué ocurre en los lugares por los que transita, y cómo es recibida por el objeto en el que termina su movimiento.

Este capítulo justifica en gran medida los siguientes que estudian los límites de las nociones aristotélicas en cuestiones ajenas a su contexto intelectual, por ejemplo, cuando se pregunta por la ubiuidad divina, la

carencia de distancia en los movimientos angélicos, las relaciones espaciales entre la divinidad y los ángeles, o las distintas tipologías de lugar de acuerdo con la jerarquía de las inteligencias. En cada uno de estos complejos asuntos los autores medievales se ven en la necesidad de reformular el lenguaje categorial aristotélico para adaptar sus explicaciones teológicas al mundo físico en el que se ha configurado. De esta manera, autores como Pedro Lombardo o Hugo de San Víctor, deben formular alternativas que expliquen el modo en que la divinidad posee un lugar en el mundo sin que esta quede privada de su esencia trascendente y supernatural. Algo semejante sucede con las relaciones espaciales de las inteligencias superiores, como los ángeles, a las que se atribuye un lugar sin que las limitaciones del espacio y la corporalidad resten operatividad a sus intervenciones en el mundo. Se observa aquí un punto de vista negativo frente a la categorización física, ya que se puede atribuir a los ángeles un lugar, un contacto dinámico con los cuerpos, o la significación de una distancia, aunque estas categorizaciones no hacen parte de los atributos que estas inteligencias poseen esencialmente. Aunque esta negatividad es descriptiva para los ángeles, en el caso de la divinidad se torna relativa, ya que la ubiquidad divina o la situación espacial de los cuerpos al final de los tiempos no puede ser significada por la definición del lugar, ni de cuerpo. Se requiere un modo de comprensión adicional para negativizar las nociones aristotélicas de espacio y de lugar, aplicadas a los entes teológicos, Petagine prefiere denominar a esta negatividad: *incommensurabilité*.

Esta *incommensurabilité* de las categorías aristotélicas en materia teológica parece transmitirse al modo de abordar las nociones de lugar, de velocidad, o las direcciones espaciales, las cantidades discretas, y el infinito, durante el siglo XIV-XVI. De estas nociones se ocupan los capítulos de A. Petagine, J. Biard, C. Trifogli, J. Celeyrette, A. Robert, E. D. Sylla, E. Mehl, O. Ribordy. Sobre todo, se intenta rastrear las formulaciones acerca de la especificidad de estos conceptos físicos. La *ratio loci* que representa la exposición razonada de las complejas y ambiguas definiciones aristotélicas acerca del concepto lugar, parece contagiarse a estas nociones (*positio, motus, velocitas, y quantitas*). Es notable la irrupción de otro lenguaje, además del categorial, en la descripción de estos conceptos físicos, y con esto me refiero a la tradición matemático-geométrica que ofrece a la exposición acerca de la *ratio* del movimiento o la velocidad, otra manera de pensar estas alteraciones físicas. En el caso de las direcciones, la determinación de las posiciones circunscritas a una esfera en la cual las posiciones son marcadas por un punto perpendicular respecto a la situación de los polos, altera la forma en que se describen las posiciones de un

objeto estático frente a otro que cambia de posición. En el caso de la esfera son las determinaciones geométricas las que definen la situación de los objetos, por lo tanto, no es necesario establecer una diferencia entre los objetos que se desplazan respecto a otro, puesto que ambos comparten un espacio homogéneo. Otras formas de introducción del lenguaje matemático lo hallamos en la descripción de las partes discretas de la materia en la que se obvia el contacto entre las superficies de las partes simples para explicar la relación entre estas partes simples como si se tratara de la sucesión generativa de puntos, tal como una serie numérica. Esta sucesión de puntos y sus relaciones, a su vez generan las líneas, las superficies, y los sólidos tridimensionales. Este comportamiento de los puntos-numéricos tiene por detrás la noción de movimiento sucesivo, también aplicable a la diferencia entre distintos cambios físicos los cuales no requieren ser descritos en términos categoriales, sino como una mera sucesión de estados numerables y a la vez diferenciados. La posibilidad de la numeración de estados conlleva una noción de cuantificación como en el caso de las distintas proporciones que generan los cambios de velocidad. Este asunto nos lleva a un problema colateral y es la posibilidad de formular estados de variación de una cualidad que son meros experimentos mentales. En este caso, no son los ejemplos extractados de la recepción de los textos aristotélicos los que sirven de base a la descripción de las variaciones del movimiento que hipotéticamente podría prolongarse al infinito, ya que esto procede de las *ymaginationes mathematice*. Este tipo de significados complejos (*complexe significabilia*) son otra forma de resolver la *incommensurabilité*, citada antes, lo que sucede con la noción enriquecida de espacio aplicada por Oresme a la tridimensionalidad corporal, al espacio infinito que está después de las esferas, o al espacio geométrico.

Las consecuencias de esta forma de tratar las nociones físicas como significados complejos, en algunos casos relacionados con la “imaginación” de los matemáticos e inconmensurables respecto a las entidades teológicas, pueden verse en los procesos de substitución de las nociones aristotélicas por otras que responden a estas características, como el paso al universo abierto e infinito enunciada por Koyré. Esta posible substitución contrasta con el esfuerzo de Suarez por vencer la *incommensurabilité* por medio de un recuento del tratamiento medieval de la noción de lugar con el fin de proponer otro concepto, aún más complejo, el de *ubi intrinsecum*.

José Higuera Rubio  
Investigador. Instituto de Filosofia da U.P.